

## CONDICIONES DE LA POLITICA INTERIOR PARA LA INTEGRACION SUPRANACIONAL

por el Prof. Hans Jürgen Puhle,  
Sub-Director del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, (Fundación Fridrich Ebert, República Federal Alemana).

Vivimos en una época de integración política, económica y social de grandes territorios, no solo en Europa y en los países de alto índice de industrialización fuera de Europa, sino también en los países y estados jóvenes del Africa, que recién se han liberado del dominio colonial y se han unido en diferentes grupos, especialmente en aquellos de tipo político. En Centro y Sudamérica existen uniones económicas y la tentativa de una política coordinada de trabajo en conjunto; igual, pero menos intensivamente, en Asia del sur.

Este proceso tiene amplitud mundial; sus causas son complicadas y multilaterales. A él han ayudado las experiencias de dos guerras mundiales en este siglo como el mejoramiento de las vías de transportes, la ampliación de un sistema mundial de información y comunicación y la formación de centros de producción y consumo, la igualación de los sistemas económicos y los órdenes sociales tanto como la planeación más y más global de los Militares dentro del marco de nuevos descubrimientos de armas.

Estas circunstancias y muchas otras que no pueden ser mencionadas separadamente aquí, han hecho imposi-

ble que hoy un estado sea ajeno a otro, por muy diferentes que sean los sistemas del orden interior de ellos. Pero me parece que cualquier tentativa de integración supranacional, en cualquier campo y con cualquier intensidad, supone también circunstancias de política interior que aun a mi juicio no han sido analizadas suficientemente, seguramente porque la frase altamente ideológica de la "supremacía de la política exterior" sobre los objetivos de la política interior y social cuenta hoy con muchos adeptos, tanto en la ciencia como en la política práctica.

Deseo referirme brevemente y sin pretensión de sistemática a algunas de estas condiciones internas para una integración supranacional en base a ciertas consideraciones históricas. Si uno se hace la pregunta por qué, por ejemplo, en Europa, la tendencia a la integración económica y política pudo alcanzar recién después de la segunda guerra mundial una intensidad real, si se deja de lado las que en situaciones de crisis (como en los años 1918 a 1925) aparecieron fugazmente, sin formar conciencia de que sería mejor trabajar juntos, entonces lleva la tentativa de respuesta justo al medio del problema.

Intensiones paneuropeas en la literatura y en los suplementos de publicaciones idealistas existen, hablando en forma áspera, desde fines del siglo XIX. Nombres como B. v. Suttner y el Conde Coudenhove-Kalergi, por ejemplo, marcan el comienzo y el primer florecimiento. Vamos a prescindir de los movimientos de la Edad Media, que tienen entretelones completamente diferentes, y de las ideologías de los Habsburgos y Borbones en los siglos XVII y XVIII, como asimismo de las aspiraciones mundiales de la revolución francesa.

Pero la comprensión de unos pocos no pasó más allá de ser una idea de estética, mientras y porque la categoría primordial de la política europea fuera el Estado Nacional y la idea central de los grupos dirigentes la del Nacionalismo, principios los dos que no por casualidad habían cristalizado con la emancipación de la burguesía con respecto al poder político y económico y que se alimentaban, por lo menos en Europa, del hecho de que los estados que hacia afuera eran nacionalistas, agresivos y expansionistas, después, bajo el signo del colonialismo adelantado, imperialistas (por lo tanto, en alto grado antiintegracionistas), en el interior estaban llenos de conflictos sociales, de problemas sin solucionar y potencialmente revolucionarios, de cuyas causas no es el caso hablar aquí.

Si es posible (no siempre lo es) sacar de la historia enseñanzas generales y abstractas, el desarrollo de las aspiraciones integracionistas europeas —tanto en la idiosincrasia de los pueblos como en las actitudes de los políticos responsables] demuestran lo siguiente:

1. No se puede pensar en integración supranacional, mientras los estados a integrarse no muestren en su

interior cierto grado de integración.

2. Este grado de integración interna se diferencia según las características del país y su sociedad.

3. Indicios importantes de la integración interior son por ejemplo:

— la ascendente nivelación de la estratificación social, la que actúa fuertemente para el logro de un desarrollo económico estable durante los años;

— el desaparecimiento de grandes conflictos sociales y políticos dentro de la nación, que muchas veces falsamente es llamada "despolitización" de la mentalidad del pueblo;

— el aumento de la canalización de conflictos entre grupos sociales por intermedio del Estado y la necesidad de una planificación y coordinación central;

— la cristalización de organizaciones de masas, en especial de los grandes partidos de integración y los grupos de presión con objetivos económicos;

— paralelo a ello, el debilitamiento de grupos políticos radicales;

— la posibilidad de cambio de los funcionarios del Estado y de los grandes grupos de intereses.

Este catálogo naturalmente no es completo.

Formulado negativamente todo esto vendría a ser:

Estados que en su interior muestran quebrantamientos y en los cuales ciertos grupos y clases oprimen a otros, estados que económicamente y políticamente son inestables, muestran por lo general ninguna inclinación ni aptitud para una integración más allá de sus fronteras.

Hasta aquí el ejemplo europeo y la tentativa de generalizar algunos aspectos históricos del problema.

La pregunta de Rubén Oyarzún: ¿Quién integra a los integradores? puede ser contestada desde este ángulo en la siguiente forma: la integración de los integradores debe ser rendida por las sociedades y estados en los que ellos viven. Sus realidades sociales y económicas, sus constituciones como son, no como pretenden ser, deben garantizar y posibilitar que una política integracionista:

1. siquiera pueda realizarse, y que
2. no se tergiverse esta política usándola para esconder conflictos sociales y luchas interiores.

Una política integracionista con una función solamente ideológica, usada para el fin de propaganda dirigida es más inoperante y perjudicial que ninguna.

El fin de mi corta exposición ha de ser dirigir la atención con estas abruptas y simplificadas tesis sobre algunos aspectos de la integración europea y sus supuestos en la política interior de los estados concernientes. La interdependencia dialéctica entre los dos aspectos de la integración, interior y exterior, es un problema y una tarea de gran importancia para la ciencia política.

Es cierto que muchas condiciones políticas, económicas y sociales en la América Latina hoy día son muy diferentes a las de Europa sesenta años atrás. El nacionalismo en Latinoamérica, por ejemplo, tiene estructuras y causas históricas diferentes a los del nacionalismo europeo de los siglos XIX y XX. Ante todo es necesario distinguir una diferencia fundamental;

Las tentativas de integración latinoamericanas —y yo no hablo de los planes del Libertador Simón Bolívar antes del Congreso de Panamá de 1826, sino de las tentativas integracionistas de hoy día, especialmente las de tipo económico— deben ayudar a **crear una condición**, que en Europa fue una de las **primeras causas** de la integración supranacional: el desarrollo de una industria dinámica, dirigida hacia el comercio exterior. Lo que en Europa era consecuencia de un territorio económico aumentado, es en la América Latina un medio empleado conscientemente por el poder del Estado para crear el aumento del territorio económico y llenarlo con substancia.

Por eso, la política integracionista latinoamericana será diferente y se orientará hacia otras tareas —a pesar de parecidos casuales— que las que fueron y son en la integración europea.

Así, por ejemplo, la planificación científica en casi todos los sectores juega un rol completamente diferente en Europa y en la América Latina.

Los problemas que han de ser resueltos no son los mismos y tampoco lo son los métodos para solucionarlos. No hay modelos ni hay soluciones patentadas. Pero también, a mi juicio, en Latinoamérica va a tener que ser considerado el hecho de que cualquier integración supranacional supone ciertas condiciones y constelaciones de la política interna, sin las cuales no se logrará o sólo bajo muy fuertes luchas.

Cómo son y han de ser estas condiciones en la América Latina, debe ser estudiado detalladamente. En este campo hay para las ciencias políticas y sociales mucho que hacer. La tarea es grande y requiere de mucho esfuerzo.